



Homilía
Misa despedida – 29 junio 2024
Catedral de Chillán
Monseñor Sergio Pérez de Arce ss.cc.

Queridas hermanas y hermanos,

He estado pensando lo que quería compartir con ustedes en este día de despedida. No es fácil por la emoción, pero además porque no se trata de hacer aquí una evaluación de estos años, o llenarlos de consejos, como aquella mamá que llena de advertencias a su hijo antes de éste viaje o emprenda alguna aventura.

Lo primero que me nace es darle gracias a Dios, porque en definitiva él conduce nuestras vidas. A través de caminos muy terrenos y vitales, me llamó a seguir a Jesús en la vida religiosa y el ministerio sacerdotal, y a través de circunstancias también muy terrenas, me trajo a estas tierras de Ñuble a compartir con ustedes el camino de esta Iglesia local, primero como administrador apostólico y luego como obispo. De manera inesperada para mí, me llamó a ser hermano y pastor de ustedes en un tiempo de nuestra Iglesia difícil y desafiante a la vez. Gracias a Dios porque nos convoca en su familia que es la iglesia, que con sus luces y sombras camina como sacramento suyo en medio del mundo. Gracias porque en la Iglesia nos hacemos hermanos gracias al bautismo. No nos conocíamos antes, y ahora que nos conocemos tenemos que separarnos, pero éramos y seguimos siendo hermanos en la fe y en el amor, gracias a aquel que nos amó y entregó su vida por nosotros.

Gracias a ustedes por su cariño y acogida. ¡Cuántas tortillas, papas, mermeladas, miel, cerezas, papayas, vino y tantas otras cosas ricas he recibido como sencillos regalos en las visitas a sus comunidades. Gracias, sobre todo, por el servicio y el compromiso que viven animados por su fe. Ustedes, que son agentes pastorales (sacerdotes, diáconos, religiosas, coordinadores y catequistas en sus comunidades, voluntarios en diversos servicios), son los que llevan sobre sus hombros la misión y reflejan el rostro de la Iglesia en sus pueblos, sectores y barrios. Gracias por acoger el llamado que el Señor nos está haciendo a una mayor sinodalidad, transparencia y

renovación eclesial. Gracias especialmente a mis colaboradores más inmediatos, sacerdotes y diáconos, responsables parroquiales, a quienes han servido como vicarios, quienes tienen responsabilidades en el campo educativo, quienes sirven en la curia y quienes han servido en diversos consejos y equipos, porque ha sido posible caminar juntos, en corresponsabilidad y espíritu de servicio. A veces el obispo, como otros dirigentes, se siente solo y casi impotente ante la misión. ¿A quienes tiene el obispo? No a un numeroso staff de personas y equipos contratados, pues los recursos económico en la iglesia son muy modestos, sino a ustedes, colaboradores y hermanos en la misión, que compartimos una llamada común al servicio.

Perdón. También es auténtica mi petición de perdón. No por mis equivocaciones o por decisiones menos acertadas o por algún momento de desacuerdo. Eso es parte de nuestra vida y cada uno de nosotros, cada dirigente, está lleno de limitaciones y tiene desaciertos. Más bien perdón por las veces en que no los amé bien, por no guiarlos suficientemente a las fuentes de la vida divina, por no estar más cerca de los hermanos más frágiles y pobres. Porque sin duda me faltó generosidad y atrevimiento para acercarme a otros espacios, a otras personas, porque posiblemente no les mostré suficientes caminos de renovación. De verdad, me siento con muchas deudas, me hubiera gustado estar más tiempo entre ustedes para saldarlas un tanto. Le pido al Señor aprender a ser un mejor pastor y hermano para saldar esas deudas en el servicio a otros hermanos.

Paso ahora a los consejos o reflexiones. Valoro de estos años que hemos podido ser una Iglesia que se levanta de sus crisis o enfrenta las crisis. Esto no lo digo con orgullo, para echarnos flores, sino para reconocer parte de nuestra historia y nuestra responsabilidad. La crisis de los abusos ha sido grande, primero por la traición de hermanos sacerdotes a su vocación de servicio y entrega que comprometieron ante Dios y la comunidad, pero también a causa de nuestras omisiones, negligencias, de malas decisiones o de falta de decisiones. Es una situación que ha traído enorme sufrimiento a hermanos nuestros que fueron víctimas, y no podemos sino volver a expresar nuestra súplica de perdón a Dios y a estos hermanos. Pero la Iglesia, nuestras comunidades, no se han quedado inertes ante esto, se han planteado nuevos desafíos y han trabajado para forjar una cultura del cuidado y la prevención. Esta pastoral no se puede dar por cerrada, no es una etapa que ya pasó, sino un empeño que nos debe acompañar siempre, porque estamos llamados permanentemente a vivir entre nosotros relaciones fraternas y a cuidar a los más pequeños.

Valoro que en la Iglesia caminemos juntos, desde una pastoral de caminos compartidos. Esta es una de las cosas más difíciles de lograr en la iglesia universal y en Chile. Es muy fácil que cada uno vaya por sus propios caminos: cada parroquia, cada sacerdote, cada colegio, cada movimiento. Con esto no quiero decir que no tengamos que favorecer la vida local: lo más

importante de la vida de la iglesia pasa en casa comunidad local, en cada grupo, comunidad, experiencia y celebración en que nos encontramos con el Señor, con su Palabra, en que servimos a los hermanos. Pero nunca debemos perder la perspectiva de que somos parte de una familia más amplia, con la que caminamos en una unidad de criterios y estableciendo lazos de fe y de afecto. Agradezco que en nuestra diócesis hacemos esfuerzos verdaderos por caminar juntos y son frecuentes nuestras asambleas, encuentros, prioridades y actividades compartidas. Así vamos haciendo realidad la sinodalidad. Nos ayuda ser una diócesis no demasiado extensa y con una realidad social y cultural más o menos homogénea, pero esta decisión y opción de caminar en comunión tenemos que renovarla una y otra vez, ponerla en práctica en cada parroquia, en cada comunidad, sabiendo que no es solo un asunto estratégico, de organización, sino también de fe y afecto, pues los cristianos estamos siempre llamados a tener una sola alma y un solo corazón.

Termino con una alusión a la celebración litúrgica de hoy, solemnidad de san Pedro y san Pablo. Estamos llamados a ser pilares de la iglesia, del edificio espiritual que es la iglesia, para anunciar el evangelio del Señor. No somos pilares por nuestras fuerzas o méritos, por nuestras capacidades humanas o perfecciones. Pedro y Pablo nos muestran que Dios sabe hacer cosas buenas con el barro frágil. Pedro, traidor; Pablo, perseguidor, fueron misericordiadados por Jesús y ellos dejaron que la gracia de Dios los perdonara y llenara sus corazones. Como Pedro, que recibe el mandato de Cristo: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”, también nosotros estamos llamados a ser piedras vivas, pilares no de un edificio frío y soberbio, sino de una comunidad viva, pilares de la misión de Jesús, para que otros encuentren las puertas abiertas del corazón del Padre y renazcan en su amor. Nosotros hemos de ser piedras o pilares humildes, nunca fundamento, porque no hay otro fundamento en la Iglesia que el que ya está puesto, Jesucristo, nuestro amigo y Señor.

Para esto, hermanos, tenemos que renovarnos cada uno de nosotros en la fe, en la respuesta personal a Jesús. Él nos pregunta: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy?”. Solo en el encuentro y en la confesión personal y comunitaria de nuestra fe en Jesús, podemos ser cristianos y hacernos servidores. Solo en la confesión humilde de nuestra fe, podemos ser sanados y levantados por Jesús, para no quedarnos en la desilusión o el desencanto, y ser buenos instrumentos de su amor y de su Palabra. Me gustan mucho estas palabras del Papa Francisco en la *Evangelii gaudium* como una verdadera confesión de fe: <Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores»> (N° 3)

Cuando asumí como administrador apostólico acá en Chillán, en la misa de toma de posesión del 25 de septiembre de 2018, los invité a la amistad con Jesucristo, a ponerlo a él en el centro. Hoy quiero repetir parte de un poema del padre Esteban Gumucio que compartí esa vez. Lo hago para confesar mi fe y para que juntos confesemos nuestra fe en Jesús.

*Yo quiero ser tu amigo, Jesucristo,
yo quiero ser tu amigo:
que nunca jamás me doblegue la bajeza,
que no me venza la mentira y la tristeza.*

*Quiero ser chispa de tu fuego y gota de tu fuente
y sal, y levadura, y simiente sembrada por tu mano:
pensando poco en mí, mucho en mi hermano.*

*Que sea contigo justicia de pobres,
respeto de débiles,
y vaya contigo, sin doblar la cabeza
a los amos del dinero y de la fuerza.
Yo quiero ser tu amigo, Jesucristo,
yo quiero ser tu amigo.
Encontrar tu yugo suave y tu carga ligera
y llevar por todas partes,
en mi cuerpo y en mi alma,
tu vida en primavera.*